

de las prácticas de conquista y mestizaje que, empezando en las Islas Canarias, no terminarían en los Andes, sino que, desde esta zona, se lanzarían hacia lo que hoy llamamos Oceanía. Tal como lo plantean sus autores, *Navigating the Spanish lake* busca ser un «nuevo puerto desde donde podrían iniciarse nuevas expediciones de investigación en este tema» (16). El Pacífico es enorme, y queda todavía mucho por explorar ahí.

Jorge Bayona
Universidad de Washington

Gänger, Stefanie. *Relics of the Past: The Collecting and Study of Pre-Columbian Antiquities in Peru and Chile, 1837-1911.* Oxford: Oxford University Press, 2014, 311 pp., ilust.

Este libro es una prehistoria de la arqueología peruana y chilena. Más que discutir si se debe considerar a Max Uhle o Julio C. Tello como el «padre» de la arqueología regional, Gänger formula una pregunta diferente: ¿Cuáles son las tradiciones de conocimiento y cultura que reivindicamos —o rechazamos— como los fundamentos «antiguos» de nuestros estudios «modernos»? Para responderla, Gänger confiere a los anticuarios y autodidactas peruanos y chilenos del siglo XIX el reconocimiento intelectual que merecen. Al desplazar nuestra atención más allá de los más conocidos «predecesores» como Mariano Eduardo de Rivero y Ustariz, el primer director del Museo Nacional del Perú, Gänger recrea la élite de terratenientes, clérigos, cirujanos, ingenieros, militares y miembros de la burguesía urbana, predominantemente criollos, que se mostraban mutuamente sus objetos, supuestamente incaicos y araucanos, y debatían sobre su significado. Este enfoque evita abordar las trilladas cuestiones de prioridad metodológica discutidas a lo largo de la historia de la arqueología científica, así como recurrir al elenco habitual de investigadores europeos y norteamericanos cuyos hábitos de imperialismo cultural han sido bastante estudiados. En cambio, Gänger explora los múltiples estilos

de los estudios del pasado peruano y chileno del siglo XIX, incorporados a los enfoques más explícitamente nacionalistas, profesionales y estadistas de los arqueólogos del siglo XX. Aun más importante, deja en claro que, lamentablemente, estos primeros coleccionistas solían presentar como «antigüedades» objetos todavía en uso entre las comunidades y los notables indígenas que sobrevivieron a la Independencia frecuentemente como una suerte de «reliquias» supersticiosas.

Recurriendo a publicaciones académicas y populares, a archivos privados y públicos de antiguos coleccionistas, y a museos tanto en Chile como en el Perú, Gänger ofrece cuatro nutridos capítulos, cada uno construido alrededor de la «biografía» de una persona u objeto material. El capítulo 1 se centra en una *mascapaycha*, un fleco real inca probablemente hecho en la era colonial y usado por nobles incas de la época —quizás durante el «Renacimiento inca» del siglo XVIII—, que formó parte de la colección de la cuzqueña Ana María Centeno de Romainville y fue luego vendida al Museo Etnológico de Berlín tras su fallecimiento en 1874, antes de desaparecer en 1888. Gänger revela el intenso comercio de antigüedades en la región del Cusco durante el siglo XIX —así como la existencia de una activa red de sociedades y de coleccionistas como José Lucas Caparó—, que allanó el terreno para los museos regionales y el indigenismo. Destaca la gradual desaparición de expertos indígenas conocedores de ese pasado, como el Inca Justo Sahuaraura, quien en la década de 1830 lamentaba sentirse «inútil» en la sociedad republicana del Cusco, aunque seguía debatiendo sobre las momias incas en la publicación *Museo Erudito*.

El capítulo 2 dirige la mirada a los círculos anticuarios burgueses de Lima y sigue el tránsito de un *kipu* inca conservado por José Mariano Macedo y luego vendido al Museo Etnológico de Berlín. Estos círculos eran cosmopolitas, capitalistas e intelectuales. Los coleccionistas limeños estuvieron involucrados con académicos internacionales gracias a la producción de guano y la construcción de ferrovías, que promovieron la aparición de estos objetos. En contraste con los anticuarios del Cusco, que no estaban interesados más que en una «antigüedad inca unidimensional e intemporal», los anticuarios limeños buscaban identificar

formaciones culturales distintivas del período preinca» en los objetos que coleccionaban (133). Es particularmente interesante la apreciación de Gänger sobre los residentes indígenas y locales, *huaqueros* «que sentían una conexión con aquellos enterrados en las antiguas tumbas» o tenían sus propios conceptos sobre el pasado. Los coleccionistas de la élite de Lima los consideraban «no fidedignos» y «poco evolucionados», aunque dependían de su experiencia (138). Quizás más importante, no puede decirse que los anticuarios del Perú hayan acatado un único discurso o análisis nacional antes de la Guerra del Pacífico: no todos creían que un *khipu* era un medio extraordinario de registro histórico.

El capítulo 3 se desplaza hacia Chile para examinar las prácticas de los anticuarios tanto en Santiago como a lo largo de la ruta de la conquista de la Araucanía. Aquí, el «objeto» biográfico es en realidad una persona, un mapuche llamado Pascual Coña, cuya vida y lengua fueron consideradas en la década de 1920 como representativas del «indio antiguo, moribundo» (160). Gänger argumenta que los cuerpos y mentes de los araucanos se convirtieron en «reliquias» por medio de las prácticas y discursos de los anticuarios en el contexto de la evangelización, las campañas militares genocidas y el establecimiento de asentamientos europeos al sur del río Bío-Bío durante la segunda mitad del siglo XIX. En el espacio de una generación, las vidas e historias de los araucanos vivientes terminaron al lado de sus muertos y sus objetos en lo que vino a ser el Museo de Etnología y Antropología de Chile. La sensibilidad de Gänger ayuda a explicar cómo los coleccionistas de Santiago fueron asistidos ocasionalmente por los propios araucanos, como fue el caso de Manuel Manquilef. Educado por misioneros, Manquilef ayudó a un coleccionista a obtener acceso a «las tumbas más antiguas del cementerio de [su] familia», aunque finalmente publicó sus propias investigaciones y llegó a convertirse en miembro del Congreso de Chile (183).

Por último, el capítulo 4 examina un debate entre académicos peruanos y chilenos sobre una vasija de cerámica encontrada cerca de Valdivia, como medio para entender cómo los enfoques de ambos países acerca del pasado cambiaron durante la Guerra del Pacífico (1879-1883). En el Museo Nacional de Santiago, la vasija fue celebrada por los chilenos

como una innovación artística pura y primordial, libre de la decadente y corrupta influencia inca. Los peruanos aseguraban que era incaica, lo cual sugería que el imperio había penetrado más al interior de la Araucanía de lo que se creía previamente. No obstante, el éxito de Chile durante la Guerra del Pacífico aparentemente validó su apropiación simbólica de los «fieros» araucanos, mientras que la derrota del Perú dejó a los limeños la creencia de que necesitaban parecerse más a los incas en cuanto al control de la educación y la asimilación social y racial de sus «inferiores» indígenas. Estos debates legaron a los académicos chilenos y peruanos una «identificación con una ascendencia indígena construida e interpretada selectivamente, [la cual], hacia la primera década del siglo XX, había pasado a ocupar un lugar central en la identidad y el imaginario del Estado nación» y en su sentido de la modernidad (205).

En resumen, este es un libro que desafía las versiones de la arqueología que privilegian la importación de metodologías europeas o culpan a *huaqueros*, *vendepatrias* o agentes extranjeros por la excavación, colección y exportación de objetos en el siglo XIX. Más bien, Gänger muestra cómo la «mercantilización, venta y alienación de piezas incas [y otros objetos indígenas] tuvieron una larga historia [...] que no comenzó con el ‘imperio informal’ y fueron parte de un proyecto de aprendizaje y socialización de académicos peruanos y chilenos extraordinariamente cosmopolitas y muy ocasionalmente indígenas (86). Dicho proyecto tuvo varias implicancias. Si bien Gänger se detiene deliberadamente antes de las complicaciones creadas por las expediciones de Yale a Machu Picchu desde 1911, sus opiniones demuestran —contra la percepción de Hiram Bingham— cuán profundamente la élite y la creciente clase media del Perú estuvieron comprometidas con el estudio del pasado; y explican —a diferencia de Luis Valcárcel y otros indigenistas— por qué los indígenas vivientes fueron tratados como mudos objetos de conocimiento arcaico y no como académicos por derecho propio. Gänger pudo haberse ocupado más de la influencia del contexto internacional en este proceso —por ejemplo, no es del todo evidente por qué los académicos extranjeros sentían un entusiasmo tan específico hacia las colecciones sudamericanas—; pero esta es una crítica menor que podría desviar la atención fuera del mundo

perdido de los anticuarios locales, que Gänger ha recreado tan minuciosamente. Este es un libro cuyos ricos aportes bibliográficos e innumerables ideas darán forma a docenas de nuevos estudios.

Christopher Heaney
University of Pennsylvania

Soifer, Hillel David. *State Building in Latin America.* Nueva York: Cambridge University Press, 2015, xvi + 307 pp., ilustr.

Inscrito en el campo de los debates y la metodología de la ciencia política, pero simultáneamente basado en una importante investigación histórica, este libro procura entender el surgimiento y el éxito o fracaso de la «construcción estatal» en América Latina. El autor, profesor de la Universidad de Temple, considera que el período de auge del liberalismo en el continente —*grosso modo*, de 1850 a 1920— fue la era decisiva en que las organizaciones estatales adquirieron la forma y la poca o mucha fuerza que luego las ha caracterizado. Para su estudio, eligió los casos de México, Colombia, Perú y Chile, un conjunto que agrupa a países del norte y del sur del continente, a países de régimen federal y de régimen unitario, a países con un tejido y pasado social de fuerte contenido indígena y a países con uno más mestizo o blanco. Hubiera sido interesante incluir también a países latinoamericanos del lado del Atlántico, como Argentina o Venezuela, cuya historia demográfica y económica fue distinta; los países seleccionados para el análisis, a diferencia de estos últimos, no recibieron aluviones de inmigrantes y su economía estuvo menos conectada a los mercados de Europa y más a los de los Estados Unidos.

A Soifer le interesa el grado de eficacia que lograron alcanzar las organizaciones estatales; es decir, la capacidad de los Estados para desarrollar políticas e imponer sus leyes y disposiciones, más allá de la bondad o conveniencia de estas. Como barómetro de esta eficacia estudia tres elementos de indudable importancia para el desarrollo de una comunidad